

sentados por traducciones verdaderamente valiosas de sus composiciones. Si bien es cierto que Whitman fué introducido en Hispanoamérica por los modernistas y que su *Leaves of Grass* está traducido al español, su poesía no ha llegado a ser popular entre nosotros; el nombre y la poesía de Whitman no ha trascendido los ambientes literarios, no ha llegado hasta el lector común; por eso debe aplaudirse la inclusión en esta Antología de un grupo de sus mejores poemas, admirablemente traducidos por Arturo Torres-Rioseco.

La palabra del crítico, y no ya la del antologista, se vuelve a echar de menos frente al grupo de poetas del Brasil. La poesía del Brasil contiene un mensaje que la hace diferente de la poesía del resto de América; tal particularidad es muy posible que no se deba sólo al lenguaje, que no sea asunto de ropaje sino de contenido, de esencia. Es necesario explicar la poesía brasileña, desentrañar el misterio de su intensa peculiaridad, y, si es posible, encontrar las raíces que la unen a la poesía americana.

"...este libro, con sus deficiencias y sus aciertos, llega como una contribución a la cultura de América... El propósito es levantado. No se me escapa que un propósito, cuanto más levantado, es más difícil de lograr.

"Feliz quien, dentro de cien años, vuelva a congrega poetas de América en un libro semejante! No sólo por lo que podrá recoger en su troje opulenta, sino porque el espíritu de unión que a este libro vitaliza, concretado para entonces, le allanará el camino, hoy enzarzado por las distancias y entorpecido por el poco conocimiento que unos pueblos tienen de los otros. Y si esta antología hace algo para contribuir a esa unión, me daré por recompensado generosamente".

Introducida por frases tan sinceras y de tan alto propósito, esta obra seguramente encontrará la simpatía de la crítica y de los públicos de América.

F. ALEGRÍA,
University of California,
Berkeley.

MIGUEL ANGEL MENÉNDEZ, *Nayar*. Traducción de Angel Flores.—New York, Farrar and Rinehart, 1942. 277 pp.

Ya hace meses apareció una reseña sobre *Nayar* en estas páginas (Vol. IV, núm. 8, pp. 427-429), participándonos el juicio del erudito Ermilo Abreu Gómez acerca de la novela — juicio algo más favorable de lo que hubiera sido el nuestro, pero con el que estamos de acuerdo en lo que toca al lenguaje, si no en lo que dice de la novela como novela. De todos modos, después de leer lo escrito por tan insigne crítico, creemos que no

nos resta aquí más que considerar la traducción como lo que es, dejando aparte sus cualidades novelescas.

Con muchísima razón alaba Abreu Gómez el buen timbre, el claro sonido de metal de quilates, el bello idioma de Miguel Angel Menéndez, poeta ilustre. Es verdad que su prosa más bien parece poesía, como era de esperarse de pluma tan ejercitada en el género. Ahora bien, de esta poética versión original en nada desmerece la traducción, si tenemos siempre en cuenta las inherentes diferencias entre los dos idiomas. Naturalmente, hay pasajes en inglés que no llegan a la belleza de los pasajes correspondientes en castellano, pero en la mayor parte el señor Flores, con íntimo conocimiento de ambas lenguas, ha sabido hacer —y ha hecho— una traducción fidelísima, una de las más fieles que hayamos visto jamás. Aquí no cabe lo de *traduttore, traditore*.

Lo dicho, quédese dicho en cuanto a la versión inglesa íntegramente considerada, la versión leída por los norteamericanos, quienes no se preocupan, ni mucho menos, de la forma original. Mas la misma fidelidad de la traducción inevitablemente nos convida a hacer una comparación detenida de ella con la versión castellana. Por esto, ya admitida nuestra admiración por la traducción, permítasenos señalar algunos errores y omisiones, más o menos graves, y, a modo de recompensa y balance, unos cambios muy justificados entre las dos versiones. Empecemos con éstos.

El autor, en su afán descriptivo, cataloga muchos nombres de aves (p. 96), de lugares (97) y de santos (114), mientras el traductor en tales casos nos da solamente una parte de los catálogos, omitiendo con acierto algunos nombres, porque ¿a qué transcribir tantos nombres para los lectores norteamericanos, que los desconocen por completo? Los que quedan bastan para una traducción al inglés.

En otro lugar —la primera frase del capítulo siete— está algo variado el sentido, pero ello se debe a que obedece al diccionario, mientras la frase original tiene otra significación coloquial, según dice el glosario de voces no comunes puesto al fin de la edición mexicana. Aquí le llevamos ventaja al señor Flores, quien acabó su tarea antes de aparecer la versión original con su glosario. “No se las espantó la mujer de Mena” no quiere decir precisamente “Mena’s wife was not alarmed”, sino “Mena’s wife did not fully realize” [lo que le dijo Enrique Salinas]. Y sin embargo, la frase inglesa, tal como consta en el libro, pudiera ser una elipsis, saltando por encima del sentido verdadero para darnos una como explicación, porque se puede interpretar la original así como escribió Angel Flores la traducida.

Pero si hay descuidos en el estilo y en el lenguaje de Miguel Angel Menéndez, también los hay en la traducción. He aquí el más grave de todos: para traducir “Oyeme tatoani: Lozada quiso formar país independiente con ustedes” (p. 152), escribe el traductor: “Listen, little

Father, Lozada did not wish to form... etc.", insertando la negativa que va directamente contra la frase original, y destruyendo el buen sentido de lo dicho por Ramón.

Hay un cambio que resulta no tener gran importancia para el que lea sólo la traducción, y es posible que el traductor se hallase en un aprieto causado por la diferencia entre los dos idiomas. Pero "Nos reunimos con ellos, no sólo arrastrados por la sonaja imantada de Carlos que quiere desertar, sino empujados por el miedo de quedarnos solos otra vez y ponernos a hablar como locos" (p. 59), no equivale a "We went to meet them, attracted to some extent by the magnet of song of Carlos, who wanted to leave us but who was afraid of remaining alone again and having to talk to himself like a madman" (p. 57). No fué Carlos el que tuvo miedo de quedarse solo, etc., sino "nosotros". Se hubiera podido verter toda la frase casi al pie de la letra. No obstante, nos hacemos cargo de que no vale gran cosa este cambio, que no afecta al hilo del argumento novelesco.

También de poca importancia son otros cambios u omisiones, aunque una de éstas admite cierta brusquedad de transición emocional de Ramón entre dos líneas (p. 97 de la original, 99 de la inglesa). Luego: "Se supone que vino como viene la lluvia..." (112) aparece como "It is surmised that the rain came..." (114), con demasiada elipsis. Y "No lo sé bien, pero lo entiendo con mi corazón" (181), no figura en la traducción (190). Además, "... un arco musical, como llaman al violín" (227-228), queda sin traducir la última cláusula (237). Y, por último, en vez de "sixty" (p. 250) escribe el traductor "seventy", llevando la frase original el número "sesenta". No significa nada la decena que añade la traducción.

Hay varios errores de imprenta: Asquil, por Asquel; Ramón, en vez de Gervasio (198) —¿se debe esto a la imprenta o al traductor?—; *repentence*, por *repentance*; *jog*, por *jug*; *impassable*, por —supongo— *impassible*, aunque la palabra corriente es *impassive*.

De todos estos errores o descuidos o lo que sean, sólo uno es grave: la negación arriba mencionada. Respecto a los otros, podemos pasar por sobre ellos, como si no existiesen, si consideramos únicamente la versión inglesa por sí sola, ya que los lectores de los Estados Unidos no van a comprar las dos ediciones como acabamos de hacer aquí. Ciertamente, de no haber tenido a mano la mexicana no habríamos dudado de la traducción, excepto en lo que toca a la consabida negativa. La prueba no hay que buscarla mucho; basta echar un vistazo sobre los periódicos o las revistas estadounidenses que insertan reseñas o notas sobre *Nayar*. Escojamos una de tales notas al azar: "The translation of Angel Flores is ... a brilliant rendering of the moods of the story, with fidelity to the overtones that give their charge of poetic energy to the loosely strung episodes that make up the tale". Esto lo ha escrito el crítico Bertram D. Wolfe en la revista *Books*, en el número del 11 de enero

del corriente. Puede felicitarse Miguel Angel Menéndez por haberle proporcionado la casa editora traductor tan dotado y, vamos a decirlo, tan artista, como Angel Flores.

L. LOMAS BARRETT,
University of Kansas.

RAFAEL HELIODORO VALLE, *Indice de la poesía centroamericana*. Prólogo de Arturo Mejía-Nieto.—Santiago de Chile, Ediciones Ercilla, 1941. 385 pp.

Esta selección difiere de las anteriores de la conocida serie de índices de la "poesía contemporánea" que ha venido publicando Ercilla desde hace varios años, en que abarca tanto la producción poética del pasado como la de nuestros días. No se ha incluido la de Panamá, de la cual la misma casa tiene una en preparación al cuidado de Rodrigo Miró. El mismo coleccionista ha llamado la atención al carácter panorámico de su obra, negándole el título de "antología". Conociéndola como "ensayo que pretende fijar límites para valoraciones futuras", el señor Valle ha juntado lo que le ha parecido lo mejor y lo más representativo de esos poetas en cuya obra se han reflejado los diversos climas de las tierras centroamericanas.

Noventa y seis son los poetas incluidos, de lo cual resulta que el mayor número no queda representado sino por una o dos selecciones a lo más. Aparecen en orden cronológico —aunque muchos no están en su lugar, ni dentro del texto mismo ni en el "Índice cronológico" al final—, sin agrupación de ninguna clase, ni de país de origen ni de escuela literaria; son, ante todo, bardos centroamericanos. El antologista no quiso interponer barreras políticas entre dos poetas sólo por haberle tocado a uno el haber nacido más cerca del Suchiate que del Chiriquí. Concedido, pues, que tales agrupaciones no hubieran servido a ningún fin superior —dado el caso de que ni siquiera la poesía centroamericana en su totalidad nos ofrece nada que la distinga fundamentalmente de la americana en general—, sin embargo, hubiera sido muy útil, especialmente para los investigadores, el haber indicado en alguna parte la nacionalidad de los poetas. La única excepción es el caso de Rafael Landívar, cuya *Rusticatio mexicana* encabeza la colección con varios fragmentos traducidos por Joaquín Arcadio Pagaza y José Domingo Diéguez. Bajo el nombre de Landívar sale "Guatemala" en paréntesis, no tanto para hacerle resaltar como guatemalteco cuanto para afirmar que es de Centro América, y no de México. Claro está que la gran mayoría de los poetas son suficientemente conocidos para no hacerles falta ningún rótulo de procedencia: éste, sin embargo, no es el caso de muchos.